

GERMÁN COLMENARES, DESPUÉS DE DIEZ AÑOS

GILBERTO LOAIZA CANO ¹

En un día cualquiera del año 1990, un estudiante cualquiera de un pregrado cualquiera de cualquier Facultad de Ciencias Humanas de cualquier universidad colombiana descubría para sí un libro orientador en su estudio monográfico. Ese libro se llamaba *Convenciones contra la cultura*; cuando quiso saber más acerca del autor se encontró con la triste noticia del reciente fallecimiento del historiador Germán Colmenares. Muchos, como aquel anónimo estudiante, no podremos ufanarnos de los vínculos anecdóticos necesarios para brindar testimonio de las grandezas o flaquezas del difunto y tan sólo podremos dar prueba del silencioso magisterio de su obra escrita. Puestas a un lado las expresiones rituales de los dolientes, de aquellos que se acostumbraron a hablar desde la órbita de sus recuerdos, se irá imponiendo de manera irremediable la alternativa de hablar de lo que ha pervivido de su obra historiográfica. Más adelante, cuando se acumule otro significativo racimo de años, otras generaciones cumplirán sus propias tareas de exhumación en las que, al nombre de Colmenares, ojalá, podrán agregarse otros.

No es arriesgado afirmar que existe consenso -no solamente en la comunidad restringida de los historiadores- en calificar la obra de Colmenares como un sólido conjunto en que, a pesar de los naturales altibajos, se logró plasmar un proceso de producción historiográfica difícil de emular en nuestro medio. La simple contemplación del panorama de su obra constituye un reto para los iniciados y una diatriba para quienes ya no fueron capaces de entregarse a un ejercicio consagrado de la escritura de la historia. La obra del profesor Colmenares evoca otros ejemplos de creación sistemática en el campo todavía incipiente de las ciencias sociales en Colombia. Se me ocurre asociar su legado con aquellos que con otros énfasis y con otras consecuencias prácticas- ofrendaron en su momento Luis Eduardo Nieto

¹ Profesor del Departamento de Historia. Universidad del Valle. Cali, mayo de 2000.

Arteta o Antonio García Nossa y que en una revisión actual merecen el distintivo de precursores de la reflexión sistemática en la sociología, en la economía y en la historia colombianas. Quizás a diferencia de estos nombres, Germán Colmenares perteneció al campo más estricto del desarrollo de una disciplina y el aura de sus repercusiones se ha restringido hasta ahora al muy relativo vigor del microcosmos universitario. Pero igual que aquellos fue prolífico, intenso y reiterativo apasionado de la consolidación de su disciplina.

La producción historiográfica de Colmenares se ha ido forjando como paradigma en varias dimensiones. Como aporte al desarrollo de la historia social; en la reflexiva recepción de la novedad que, en su momento, constituyó la escuela francesa de *Annales*; en la condición de crítico permanente de la situación del historiador; en la forma de sus contribuciones en los últimos días de su existencia a cierto segmento de la historia que algunos han denominado intelectual. A eso se añade la ambiciosa pretensión de abarcar diversos períodos que van desde sus estudios sobre la sociedad colonial; el sugerente examen de la historiografía latinoamericana del siglo XIX, más sus ensayos sobre la historia política colombiana de la mitad de ese siglo hasta terminar en otros ensayos, no muy afortunados, sobre algunos regímenes de la Hegemonía Conservadora. Y no despreciemos la encantadora pero incompleta aproximación a la obra del caricaturista Ricardo Rendón en un afán, algo desmedido, de otorgarle preeminencia como una fuente documental para entender el proceso de formación de la opinión pública moderna en Colombia. Fueron, por lo menos, veinticinco años de continua escritura, de audaces hallazgos de fuentes, de búsquedas de información que sobrepasaron las fronteras del país y de innovadoras preguntas a aquello que el alud de la costumbre o los prejuicios habían soslayado como fuentes posibles en la reconstrucción de determinados procesos históricos.

La persistencia y la versatilidad en el oficio de historiador.

Esa variedad e intensidad de la escritura es, a mi juicio, el verdadero motivo que convoca al homenaje. Tenemos que celebrarle, entre mucho, la *persistencia* y la *versatilidad*, dos virtudes irreductibles en el oficio de historiador y que escasean ahora entre nosotros. Para prolongar por varias

décadas una constante producción historiográfica, amparada en una genuina actividad investigativa, es indispensable ser persistente para superar todas las adversidades del precario y a veces hostil ambiente intelectual del país. Podría pensarse que a Colmenares le correspondió vivir tiempos más felices -al menos en el ámbito institucional de la Universidad del Valle- que le garantizaron la fecunda dedicación a sus investigaciones. Pero por los reclamos que se vislumbran en algunos de sus escritos no parece que haya vivido momentos más propicios y sanos que los nuestros. En algunos de sus balances acerca de la investigación histórica en Colombia, Colmenares reiteró un catálogo de contingencias que son fácilmente repetibles en nuestra época. Es decir, aún hoy tenemos que seguir afirmando que al investigador lo rodea una molesta parafernalia de la burocracia de la cultura oficial que, en vez de estimular, constriñe la actividad investigativa y somete a auditorías mezquinas lo que demanda un ambiente dialógico creado por la crítica permanente entre la comunidad de oficiantes de la disciplina científica más inmediata y las que se agreguen según la vecindad de las preocupaciones. Colmenares debió constatar la paradójica insularidad e incomunicación entre colegas y entre universidades del mismo país; la ausencia de elementales convenios que garantizaran siquiera el intercambio corriente entre pares; también delataba la crónica pobreza de nuestras universidades que, además de las afugias presupuestales, no acostumbraban -como sigue sucediendo- colocar en la agenda de sus prioridades el abastecimiento de las bibliotecas. Sus tiempos, en definitiva, no fueron radicalmente diferentes de los nuestros, aunque también es cierto que por las década del setenta las universidades públicas y privadas del país conocieron los halagos de los recursos de algunas fundaciones norteamericanas. Pero, sin duda, fue gracias a la pertinacia que no cayó en la pérdida de perspectiva (tan común en nuestro medio) ni en la modorra de la cálida provincia ni en los exotismos del trópico, sobre todo en una ciudad tan árida para la vida intelectual como sigue siendo Cali.

Por supuesto, tanta consagración no serviría de nada sin una brújula de crítica constante, de renovada puesta en sintonía con las novedades de cada momento, con los avances en la concepción de las fuentes, en los métodos de investigación de las ciencias sociales, en la discusión creativa con las nuevas posturas teóricas. Ese artesanado del oficio de historiador, como él llegó a concebirlo en alguno de sus autoexámenes, es el que tanta falta hace y es el que, en últimas, distingue la práctica del historiador de muchas otras disciplinas contiguas. La convivencia con los archivos, la menuda interpretación de las fuentes documentales que, a su vez, se diversifican en

su variedad, hacen del oficiante de la disciplina histórica un individuo que se somete a un fino proceso amparado por la erudición, la paciencia, la agudeza interpretativa, la plasticidad para dialogar con modelos de interpretación provenientes de ciencias contiguas, en fin.

Colmenares debió ser un tozudo que se impuso metas sin doblegarse ante el primer escollo; pero a la vez, y tal virtud es notoria en su obra, debió ser un versátil indagador. Críticos más autorizados le reconocen que desde sus primeros trabajos ya se había aventurado a formularse preguntas no tradicionales, a zafarse de los esquemas interpretativos redundantes y así renovó, por ejemplo, los estudios coloniales. En su trasegar se volvió frecuente, y también lo testimonian sus últimos trabajos, el diálogo con las novedades epistemológicas de su disciplina o los avances en aquellos campos de las ciencias humanas que, según él, tenían una relación inmediata con su tarea primigenia de reconstruir el pasado. Para Colmenares no implicó mayor esfuerzo -así parece- establecer fructíferas conversaciones con la antropología, la lingüística y la poética. Su paulatina evolución desde los originales aportes a la historia económica y social hasta las postreras insinuaciones del interés por una historia que incluya el estudio de las mentalidades estuvo signada por un contrapunteo con autores y obras que lo sacaban de las ficticias fronteras de cada disciplina. La versatilidad en los historiadores es un requisito *sine qua non* que les permite plantearse reconstrucciones integrales de un retazo del pasado. Al contrario de los dogmas de secta, el oficio de historiador demanda un eclecticismo esencial que se basa en la constante relativización de cualquier afirmación. Para unos, esa es la condición parásita de la Historia que toma sin permiso los avances de otras ciencias humanas; para otros, es la capacidad aglutinadora de una disciplina que puede sobrecoger a las demás del fluctuante espectro de las ciencias humanas. En todo caso, era muy suya la constante recurrencia a un epígrafe en que las palabras de Lucien Febvre resultaban aleccionadoras: *el historiador no es aquel que sabe sino aquel que busca*. Es decir, el historiador siempre debe andar dispuesto y expuesto a tropezar con algo novedoso y no puede paralizarse en los lemas de un dogma.

Convenciones contra la cultura.

Hay un libro del profesor Colmenares que plasma con fidelidad esa condición versátil que menciono. En *Convenciones contra la cultura* aparece el historiador en su madurez, y no por que el libro tal sea su obra

más acabada ni mucho menos, sino porque exhibe de manera explícita al historiador en el esfuerzo de pensar los alcances de su disciplina y de ponerla en comunicación con otras ciencias de la interpretación. En esta obra, el historiador había llegado a un punto en que podía dedicarse a revisar la historia como un discurso con sus regularidades y reglas intrínsecas. El examen de la historiografía hispanoamericana del siglo XIX es una sugerente aproximación a los códigos de escritura que se impusieron en la legitimación de unos sectores sociales sobre otros en el trayecto convulso e inestable de la postindependencia. «El análisis del relato histórico del siglo XIX», como él lo calificó, fue un acto de comunión entre la lingüística, la literatura y la historia con el fin de desentrañar los mecanismos de composición que emplearon los miembros de las élites hispanoamericanas para reconstruir con determinados juegos de luz y de sombra un pasado que debía erigirse en el fundamento de ciertas preeminencias sociales y políticas. Es posible que el análisis de autores y de obras no haya sido sistemático y que el aporte sea, por tanto, incompleto; pero anunció un provocativo sendero de indagación y de reflexión del historiador de profesión. Todavía más, puso a prueba las posibilidades de los estudios multidisciplinarios para revisar la historiografía latinoamericana del siglo XIX en la forma de documentos de cultura en que se conjugaron estrategias de veracidad y de ficción.

Una requisitoria sobre el presente.

Estos homenajes siempre tienen implícito un descontento con el presente y una añoranza por virtudes extintas. La fecunda humildad que se vislumbra en la obra de Colmenares contrasta ahora con la pedantería del que cree -muy iluso- que ya sabe lo que el pasado contiene y, en pos de vías más fáciles, olvida el contacto cotidiano con las fuentes documentales. Esos estudiantes entre presuntuosos e ingenuos que se gradúan con trabajos de grado que no estuvieron precedidos de, siquiera, una exhaustiva revisión del estado de la cuestión, que confunden la palabra hipótesis con prótesis y que olímpicamente ignoran las publicaciones periódicas especializadas de los departamentos de historia del país, delatan el vacío generacional que existe entre el legado del profesor Germán Colmenares y la década que ha transcurrido desde su muerte. Algunas omisiones docentes -los estudiantes son al fin y al cabo un espejo de nuestros aciertos y fracasos- han impedido que se pueda garantizar una nueva generación de historiadores que escape

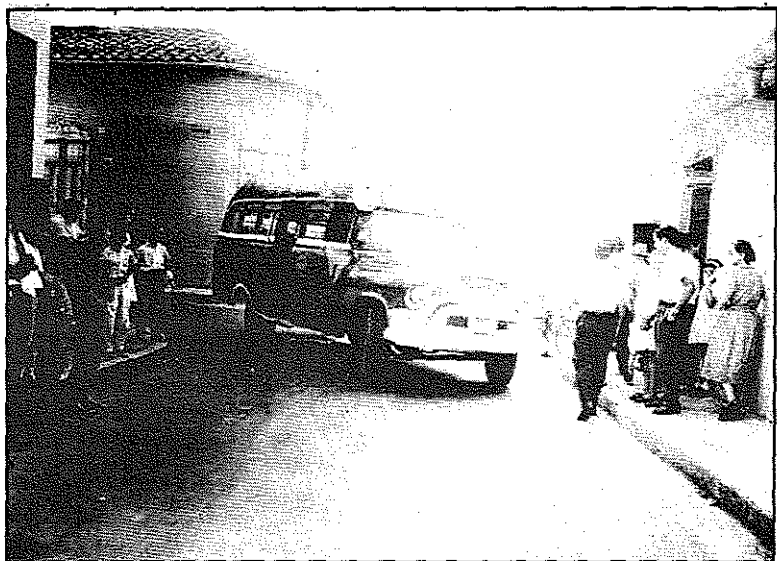
de la indolencia y la mediocridad predominantes y algo debió suceder o, mejor, algo dejó de suceder para que sea tan difícil hallar una huella de Colmenares en sus más inmediatos discípulos.

Los más cercanos y lejanos discípulos (si cabe el término) de Colmenares somos ahora una mezcla de víctimas y responsables de la descuidada formación de las nuevas generaciones de historiadores. El desprecio por las labores silenciosas, pacientes y constantes en los archivos; el escaso vuelo de las reflexiones teóricas, si las hay, o el casi nulo debate sobre las posturas e imposturas epistemológicas de la moda posmoderna, o sobre las exigencias de convivencia entre las identidades locales y el vértigo arrasador de la globalización; todo eso parece señalar el escape de la condición reflexiva de la ciencia histórica sobre su propia situación. No dudo que el profesor Colmenares, si su existencia se hubiese prolongado hasta hoy, nos habría ayudado en la orientación de un intenso examen de aquellos y muchos temas adendos. Con él habríamos afrontado, no sólo en calidad de historiadores sino en la esencial condición de intelectuales, la discusión acerca de la crisis de la sociedad contemporánea. Ciertas regulaciones éticas imprescindibles en el oficio del historiador habrían contado con uno de sus más estimulantes voceros. Hoy por hoy se ha ido imponiendo una perniciosa noción del oficio de historiador, de lo cual no están exentos los miembros de las demás ciencias humanas, en que se cree que el reconocimiento social de la historia o de la sociología o de la filosofía, en fin, pasa por el grado de aceptación entre los núcleos dirigentes del país, en el grado de connivencia con el poder político y así tenemos historiadores que parecen más bien relacionistas públicos que auténticos indagadores de problemas del pasado. Es cierto que para muchos sectores de la sociedad el historiador y otros científicos sociales han sido gestores del reconocimiento de sus peculiaridades y de sus orígenes, pero también es cierto que muchos de los presuntos oficiantes de la historia se han convertido en unos bufones del Rey en que el conocimiento histórico apenas constituye un ornamento para la presentación.

Volver a la obra de Colmenares es comprobar que la formación del historiador pasa por la superación de las delicias de la agrafía, tan frecuente en nuestro medio y, además, tan bien estimulada. Estudiantes y profesores que huyen despavoridos de la necesaria composición escrita de sus reconstrucciones del pasado; las elementales revisiones del estado de la cuestión que exigen la lectura cuidadosa y la elaboración de reseñas críticas

de los autores más representativos son actividades caídas en desuso y consideradas una pesada carga en el atafago de las ocupaciones diarias. No es momento para un catálogo de nuestras miserias, pero el modelo solitario labrado por el extinto historiador nos obliga a examinar de manera autocrítica los descuidos que necesitamos remediar.

Es curioso, mientras en la obra de Colmenares es visible la huella varia que dejaron sus maestros, no puede decirse lo mismo de aquellos que fueron en un tiempo sus alumnos. Mientras los nombres de Jaime Jaramillo Uribe, Fernand Braudel, Rolando Mellafe, Pierre Vilar, Magnus Mörner, entre otros, se hacen notorios como influjos más o menos directos en su obra, no resulta fácil asociar el magisterio de Colmenares con una influencia directa sobre alguno de sus discípulos. Eso merecerá algún día una explicación, pero por lo pronto debe decirse que la obra del profesor Germán Colmenares está ahí expuesta para la relectura, para hallar paradigmas y para cuestionarla en todo lo que sea posible. Evocarla hoy, después de diez años de la muerte del historidor, es un desafío para dotar de una brújula la formación de los futuros historiadores en Colombia.



Bucaramanga 1953.